

## Capítulo I

### DE LA SUSCRIPCIÓN A LA NECESIDAD DE ESCRIBIR\*

Antonio CASTILLO GÓMEZ

En el tiempo de un conflicto bélico tan generador de producción escrita, oficial y privada, como la Gran Guerra, Antonietta Angela Bonatti Procura, nacida en Verona el 13 de junio de 1888 y operaria desde abril de 1905 en la manufactura de tabacos de Borgo Sacco, se apoderó de la escritura y compuso una breve memoria. Empleó para ello la cara interna de un baúl, hoy conservado en el Museo Storico Italiano della Guerra de Rovereto, el que le acompañó en su exilio ante la inminencia de que la región trentina se convirtiera en un campo de batalla (fig.1). Entre abril y mayo de 1915 fueron muchos los habitantes evacuados de Riva del Garda, Rovereto, Levico, Pergine, Tione, Borgo, Ala o Mori, aún más tras la entrada de Italia en la primera guerra mundial el 24 de mayo. Uno de los numerosos testimonios de aquellos prófugos trentinos es el que dejó Antonietta Angela,<sup>1</sup> escrito a lápiz en un italiano predominantemente dialectal y lleno de incertidumbres lingüísticas.

\* La terminación del presente trabajo, cuya primera versión la presenté como ponencia en el VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita: *Escritura y clases populares* (Alcalá de Henares, 1999), se ha realizado en el marco del proyecto de investigación *Las escrituras de la gente común: usos, prácticas y formas de conservación*, concedido por el Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Alcalá (UAH 2002/008). Igualmente debo señalar la ayuda que el Consejo Social de dicha universidad me concedió para una estancia de dos meses en los archivos italianos de la escritura popular, desarrollada entre abril y junio de 2000, gracias a la cual pude consultar parte de la documentación conservada en ellos y la rica bibliografía italiana sobre el tema, a lo que tanto deben estas páginas.

<sup>1</sup> Amén de otras publicaciones, para la extensa nómina de cartas y memorias ligadas a estos episodios deben verse los nueve volúmenes que, por ahora, forman la colección *Scritture di guerra*, publicada por el Museo storico di Trento y el Museo Storico Italiano della Guerra di Rovereto. A título de inventario sobre las escrituras trentinas de la Gran Guerra, v. Quinto Antonelli: *Scritture di confine. Guida all'Archivio della scrittura popolare*, Trento: Museo Storico in Trento, 1999, pp. 70-112.

Casi sesenta años después, otra mujer, Clelia Marchi, escribió el hilo de su autobiografía, con letra apretada, sobre la superficie de una sábana, depositada en el Archivio Diaristico Nazionale (ADN) de Pieve Santo Stefano (fig. 2). Cuenta que llegó a la escritura de su vida a raíz de la soledad que le sobrevino tras la muerte de su marido, en 1972. Noches de llanto e insomnio que ella, mujer de campo nacida el 19 de abril de 1912 en Poggio Rusco, trató de remediar acudiendo al bálsamo de la escritura. Escribe, pues, a la edad de 60 años y lo hace mediante un italiano pleno de reminiscencias orales, básico y dialectal. Como tantos otros autobiógrafos de condición popular, Clelia se escusa por su desconocimiento de las reglas gramaticales, por su descuidada caligrafía, y pide a los lectores que lo entiendan, puesto que no cursó estudios más elevados que los de 2.º de primaria [«sono andata à scquòla, solo in 2.<sup>a</sup> elementare»].<sup>2</sup>

Ambas mujeres comparten una similar subalternidad social: la una, procede de un entorno fabril y urbano; la otra, rural. Sus escritos dejan ver notables vecindades, ya sea en el plano lingüístico o en cuanto a la competencia gráfica, al tiempo que apuntan la pluralidad de soportes y de formas que pueden adoptar las escrituras de la gente común. De modo tal que, sin negar la puntual observación de cuantos historiadores han puesto el dedo en la llaga del arraigado y extenso analfabetismo de las clases populares, máxime en los siglos anteriores al XIX, tampoco se puede oscurecer la evidencia que entrañan tantos otros testimonios, autógrafos y dictados, salidos de las manos de campesinos, trabajadores o miembros de las capas inferiores de la pequeña burguesía. Un par de datos vienen a señalarlo: por un lado, la cuarentena de libros de familia de payeses catalanes conocidos de la época moderna;<sup>3</sup> y por otro, las cerca de ochocientas autobiografías de trabajadores escritas en Gran Bretaña entre 1790 y 1900.<sup>4</sup>

En determinadas circunstancias, el analfabetismo no explica todas las reticencias mostradas hacia la escritura. Al evocar sus experiencias en la Resistencia italiana, Saverio Tutino nos recuerda que los partisanos combatientes no sólo no tenían diarios ni llevaban consigo documentos personales, sino que incluso «se vigilaba para que ninguno tuviese un diario o escribiese apuntes pro memoria que, encontrados por el enemigo, pudiesen desvelar particularidades sobre nuestros

<sup>2</sup> Cito a partir de la edición existente de esta «peculiar» autobiografía: Clelia Marchi: *Gnanca na busia*, Vicenza: Fondazione Arnoldo e Alberto Mondadori, 1992, p. 68.

<sup>3</sup> Xavier Torres Sans: *Els llibres de família de pagès (segles XVI-XVIII). Memòries de pagès, memòries de mas*, Gerona: Curbet Comunicació Gràfica, 2000.

<sup>4</sup> *The Autobiography of the Working Class: An Annotated, Critical Bibliography*, eds. John Burnett, David Vincent y David Mayall, Brighton: Harvester, 1984-1987, 2 vols.

movimientos o sobre nuestra organización y desplazamientos». <sup>5</sup> No obstante, los estudios de Augusta Molinari sobre la difusión de la escritura entre los partisanos ligures han dejado ver una más que apreciable extensión de su práctica. <sup>6</sup>

En definitiva, los nubarrones levantados en lo tocante a las condiciones de posibilidad del escrito entre la gente común, más que llevarnos al desánimo deberían actuar como acicate para empujarnos a su búsqueda. Se verá, entonces, que la escritura, pese a que sea más habitual entre las clases acomodadas y cultas, no por ello ha quedado enteramente al margen del avatar histórico de las subalternas. Estas, por el contrario, son artífices de un importante número de testimonios, variados en cuanto a las tipologías textuales y distintos en las motivaciones nutricias.

### 1. ESCRITURAS POPULARES, ESCRITURAS DE LA GENTE COMÚN

Pero, ¿qué se entiende por escrituras populares? Considero, de partida, que es importante entrar en la definición y tratar de sugerir una cierta acotación del campo donde nos movemos, por más que pueda ser discutida y discutible. Sobre todo porque el creciente y saludable desarrollo de los estudios sobre las escrituras personales y ordinarias lleva aparejado tanto la tentación de mezclar los confines de unas y de otras como el riesgo de meterlas a todas en el mismo saco, diluyendo así la significación introducida por la clase social. El hecho, por ejemplo, de que la escritura autobiográfica sea uno de los terrenos cultivados por la gente común, entraña, sin duda, el peligro de suponer que son lo mismo y de que las escrituras populares terminen disueltas en otras empresas de contenido más interclasista. En términos similares, el cariz cotidiano de buena parte de ellas también puede llevar a emparentarlas sin más con los escritos *ordinarios*, entendiendo por estos cuantos reflejan «la apropiación y el empleo de una competencia (el saber escribir) al margen tanto de los lugares que controlan su aprendizaje (la pequeña escuela, la tienda del maestro-escritor, la escuela de caridad) como de las prácticas institucionalizadas que limitan su ejercicio (delante del cura, del notario, del juez o del administrador)». <sup>7</sup>

<sup>5</sup> Saverio Tutino, «La storia della Resistenza nelle storie di singole persone», *Storia e memoria*, 6, 1, 1997, p. 168.

<sup>6</sup> Augusta Molinari: «La Resistenza tra evento e racconto. Storie e memorie inedite del partigianato ligure», *Storia e memoria*, 6, 1, 1997, pp. 31-60.

<sup>7</sup> Roger Chartier: «Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares» [1991], en su obra *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 286.

Dichos terrenos de escritura, el personal y el cotidiano, participan de la misma desacralización e informalidad que tiene la producción escrita de la gente corriente y, en gran medida, responden a la común y sencilla función del *laissez tra-ce*;<sup>8</sup> pero tales parentescos no significan que debamos equipararlas en cada ocasión. Conviene recordar que escrituras ordinarias son igualmente los diarios, agendas, cuadernos y epistolarios de cualquier aristócrata,<sup>9</sup> y, obviamente, a nadie se le ocurriría considerar a dichas personas como exponentes de las clases subalternas. Por esto me gustaría reclamar el pleno valor historiográfico del concepto *clase* frente a ciertas operaciones de maquillaje terminológico que, a la postre, tratan de eludir la conflictividad y la desigualdad social como uno de los vectores del análisis histórico. Comparto enteramente cuantas matizaciones se han formulado respecto a la errónea asimilación que a veces se ha hecho de las actividades culturales y de la vida económica; pero matizar y rectificar algunos vicios del academicismo marxista no significa que debamos despreciar todo el bagaje de sus herramientas analíticas. Tan desafortunado me parece incurrir en ciertos reduccionismos de antaño como eliminar de un plumazo ese vocabulario y la realidad que trata de aprehender, por supuesto sin despreciar los matices aportados por cada época y cada contexto. Así pues, pese a que las clases sociales se han resentido con los cambios acontecidos en los sistemas de producción y con la irrupción de la cultura de masas, negarlas, sin embargo, sería tanto como dar la espalda a las diferencias instaladas en el seno de las respectivas sociedades.

Llevado al terreno de la escritura, esta se resiente de dichas disfunciones, por lo que el empleo del término *popular* tiene plena validez cuando se trata de designar las actividades de cultura escrita protagonizadas por las clases subalternas. No obstante, también es frecuente que se aluda a ellas con la expresión más ge-

<sup>8</sup> Daniel Fabre: «Introduction», en *Écritures ordinaires*, ed. D. Fabre, París: Éditions P.O.L./Centre Georges Pompidou, Bibliothèque publique d'information, 1993, p. 11. Dirigida también por este etnólogo es otra obra no menos fundamental para el estudio de tales escrituras: *Par écrit. Ethnologie des écritures quotidiennes*, París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1997.

<sup>9</sup> Por ejemplo, las crónicas y memorias nobiliarias analizadas por Erminia Irace: «Le scrittura della nobiltà. Forme e pratiche della legittimazione nell'Italia cittadina dei secoli XVI e XVII», en *Lesen und Schreiben in Europa, 1500-1900. Vergleichende Perspektiven. Perspectives comparées. Perspectives comparées*, ed. Alfred Messerli y Roger Chartier, Basilea: Schwabe & Co AG., 2000, pp. 65-85; o las agendas del marqués de Vauban, Sebastián le Prestre (1633-1707), estudiadas recientemente por Michèle Vignot: «Les carnets de bord d'un grand serviteur du roi: les agendas de Vauban», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 48-4, octubre-diciembre 2001, pp. 50-76. Este artículo completa un dossier dedicado a las prácticas del escrito ordinario, del que también forman parte otros dos textos: Jean-Pierre Marby: «Le prix des choses ordinaires, du travail et du péché: le livre de raison de Ponce Millet, 1673-1725», pp. 7-31 (Ponce Millet era un hombre de campo, hijo de jornaleros); y Josef Smets: «À la table d'un seigneur languedocien en 1766: les comptes du cuisinier», pp. 32-49, sobre las cuentas del cocinero del marqués François Henry Jean Antoine de Roquefeuil († 1766).

nérica de *escrituras de la gente común* o incluso *escrituras del margen*, considerando que esta marginalidad estaría dada por varios motivos: 1) la necesidad de dar cabida a la voz y el testimonio de muchas personas que, a menudo, se sitúan en los umbrales de la sociedad; 2) las peculiaridades de una competencia gráfica que se suele mover entre lo oral y lo escrito; y 3) la vocación de punto de confluencia de distintos enfoques disciplinares y metodológicos.<sup>10</sup>

De todos modos, lo más relevante es que las escrituras populares —en plural, para sugerir toda la diversidad de sus manifestaciones<sup>11</sup>— se distinguen por la condición social de sus autores: *escribientes* antes que *escritores*, hombres «transitivos», según las palabras de Roland Barthes; personas para quienes la comunicación escrita representa una actividad y no una función.<sup>12</sup> Es decir, escribientes adscritos a una clase social medio-baja (barberos, campesinos, carpinteros, panaderos, albañiles, negociantes, trabajadores, serradores, mecánicos, tipógrafos, etc.) que comparten una cierta proximidad social y una similar experiencia escolar, fuera de ostentar una posición subalterna respecto al poder y al control de los medios de producción. Gente común, como también tiende a decirse para incluir a los individuos de la clase media poco o escasamente alfabetizados.<sup>13</sup> En consecuencia, se trata de personas que no son profesionales del escribir en ninguna de las posibilidades que ello pueda adoptar: la oficial-administrativa, la científico-académica o la propiamente literaria, sino de gentes que se aproximan al mundo de lo escrito por otras razones estrictamente personales.

Descendiendo a la materialidad de los textos, en primer lugar cabe insistir en la enorme variedad y riqueza que caracteriza este terreno de la escritura. Para advertirlo sobra con asomarse al contenido de los volúmenes donde se recogen las actas de los ocho seminarios celebrados en Italia sobre el tema;<sup>14</sup> a las obras co-

<sup>10</sup> Antonio Gibelli: «Pratica della scrittura e mutamento sociale. Orientamenti e ipotesi», en *Per un archivio della scrittura popolare (Actas del seminario nacional de estudios, Rovereto, 2-3 octubre, 1987)*, *Materiali di lavoro*, 1-2, 1987, pp. 8-9; y, últimamente, *Storie di gente comune nell'Archivio Ligure della Scrittura Popolare*, ed. Piero Conti, Giuliana Franchini y Antonio Gibelli, Génova: Editrice Impressioni Grafiche, 2002, en la que, amén de los singulares estudios de caso, la contribución de Antonio Gibelli, «Introduzione. Scritture e storie di gente comune» (pp. 5-13), aborda la cuestión terminológica y otros pormenores sobre la trayectoria científica del archivo.

<sup>11</sup> Dante Priore: «La scrittura popolare: una realtà plurale», en *Per un archivio della scrittura popolare*, o. cit., pp. 177-181.

<sup>12</sup> R. Barthes: «Écrivains” y “écrivants”» [1960], en *Íd.: Ensayos críticos* [1964], Barcelona: Seix Barral, 1983, pp. 177-185.

<sup>13</sup> Enrica Bricchetto: «Dal cassetto all'archivio. Il fondo di scrittura popolare dell'Istituto di Alessandria», *Quaderno di storia contemporanea*, 14, 1993, pp. 72-73.

<sup>14</sup> 1.º *Per un archivio della scrittura popolare*, o. cit.; 2.º *L'Archivio della scrittura popolare: natura, compiti, strumenti di lavoro* (Trento, 10-11 diciembre 1988), *Movimento operaio e socialista*, 1-2, 1989; 3.º «I luoghi della scrittura autobiografica popolare» (Rovereto, 1-3 diciembre 1989), *Materiali di lavoro*, 1-2, 1990; 4.º *Deferenza*,

lectivas dirigidas por Daniel Fabre, ya citadas; a la guía de Quinto Antonelli sobre el Archivo de la Escritura Popular de Trento, mencionada también; o a las páginas web y catálogos de los acervos de esta naturaleza.<sup>15</sup> Una ojeada meramente capilar nos lleva por una tipología textual integrada, entre otros, por: cartas (desde el frente, de amor, de emigrantes, etc.), diarios, cancioneros populares, libros de familia, libros de memorias, cuadernos y diarios de la escuela, cuadernos y diarios de guerra, cuadernos de viaje, *album amicorum* o libros de cuentas. Entrando en su contenido, se aprecia, además, que, lejos de cualquier imputación de homogeneidad, «la escritura popular presenta, como la literatura burguesa, una variedad de contenidos y de estilos, conforme al referente de cada situación».<sup>16</sup> Entre los muchos botones que se podrían reportar al hilo de este punto está el testimonio de Giuseppe Menotti, del que el Archivo della Scrittura Popolare (ASP) de Trento conserva diversas agendas (1913, 1914), varios diarios anuales (1915, 1916) y un libro *zibaldone* o de recuerdos (1884-1887); o el del factor ferroviario Danilo Gracci, de quien se conservan, en el ADN, un cuaderno de apuntes varios y su *libretto sanitario* de la guerra (1915-1918), ambos originales, y, fotocopiados, el diario de soldado (1915-1927) y un libro de cuentas (ca. 1919-1928).

En el plano del lenguaje empleado, este huye del artificio literario, como ha señalado Rémy Cazals al ocuparse del cuaderno de guerra del tonelero Louis Barthas.<sup>17</sup> Por lo común, se trata de escrituras poco pendientes de las normas que regulan la lengua escrita y la institución literaria, de tal modo que su principal valor no lo debemos medir por los mismos parámetros que rigen otro tipo de textos cuanto

---

*rivendicazione, supplica. Le lettere ai potenti*, ed. Camillo Zadra y Gianluigi Fait, Paese: Pagus, 1991, o. cit. [Actas del seminario de Rovereto, 6-8 diciembre 1990]; 5.º «La scrittura bambina. Interventi e ricerche sulle pratiche di scrittura dell'infanzia e dell'adolescenza» (Rovereto, 6-8 diciembre 1991), *Materiali di lavoro*, 2-3, 1992; 6.º *Documenti, testi, studi, archivi. Per un bilancio del lavoro sulla scrittura popolare in Italia* (Rovereto, 7-8 diciembre 1992), cuyas actas no han llegado a publicarse; 7.º «Piccoli scrivani. Scritture nel tempo dell'infanzia e dell'adolescenza» (Rovereto, 9-11 diciembre 1993), en *Scritture bambine. Testi infantili tra passato e presente*, ed. Quinto Antonelli y Egle Becchi, Roma/Bari: Laterza, 1995; y 8.º «Archivi autobiografici in Europa» (30-31 enero 1998), en *Vite di carta*, ed. Quinto Antonelli y Anna Iuso, Nápoles: L'Ancona, 2000.

<sup>15</sup> Para un acercamiento al panorama europeo de los archivos de la escritura popular, me remito al dossier que sobre el tema coordinamos José Ignacio Monteagudo Robledo y yo mismo en la revista *Archivamos. Revista trimestral de la Asociación de Archiveros de Castilla y León*, 38, 2000, pp. 5-25. Más ampliamente, sobre los acervos personales: *Archives autobiographiques*, dir. Philippe Lejeune, *Cahiers de Sémiotique Textuelle* (Université de Paris X), 20, 1991; Anna Iuso: «Les archives du moi ou la passion autobiographique», *Terrain*, 28, 1997, pp. 125-138, y «Archivi autobiografici in Europa», *Archivio Trentino di Storia Contemporanea*, 2, 1996, pp. 121-135; el volumen *Vite di carta*, o. cit.; así como Giselle Martins Venancio: «Arquivos pessoais: dos vestígios da memória à escrita de história», *Revista Humanas*, Universidad Estadual de Londrina (Brasil), vol. 2, núm. 1, 2001. Véase también la relación que se incluye al final de la presente obra.

<sup>16</sup> Marino Biondi, «Narrate, o uomini», *Ventesimo secolo*, 1, 1991, p. 72.

<sup>17</sup> Rémy Cazals: «Postface à l'édition de 1997», en *Les carnets de guerre de Louis Barthas, tonnelier, 1914-1918*, ed. Rémy Cazals, París: La Découverte & Syros, 1997 [1978], p. 557.

fundamentalmente, por lo que las mismas expresan.<sup>18</sup> Evidencian una necesidad de escribir que rompe las coordenadas diseñadas para interpretar otras actividades más institucionales o letradas. Sus autores se mueven en una franja imprecisa entre la oralidad y la escritura, entre el alfabetismo y el semianalfabetismo, es decir, en ese punto en el que se verifica el primer contacto con el escrito y sus complejidades, reglas, límites y misterios; pero teniendo claro que esto no significa que debamos considerar dichos textos como una simple transposición de lo hablado.<sup>19</sup> Acaso uno de los documentos más luminosos sea una carta del soldado Emanuele Calosso, donde la sucesión casi interminable de la letra *o* parece representar el acto del habla (fig. 3).<sup>20</sup>

Gráficamente, las escrituras populares dejan ver unos rasgos comunes que, incluso, tienden a mantenerse a lo largo de los siglos. Se trata de una competencia gráfica inexperta o inhábil, señalada por elementos tales como la ausencia de un trazado continuo de las letras, el empleo de un módulo normalmente grande, la incapacidad para respetar el «pautado mental» y seguir una alineación regular, el trazo inseguro, las irregularidades en la compaginación del texto y las letras monolíticas sin distinción, aunque comparezcan al principio, en medio o al final de palabra.<sup>21</sup> Y junto a esas peculiaridades gráficas, otras de carácter morfo-sintáctico que dan a los textos una apariencia de flujo continuo, sin pausa, típica de la

<sup>18</sup> Frente a las posiciones de quienes, como Leo Spitzer o Adolfo Omodeo, calificaron los testimonios de la gente común de insignificantes por lo reiterativo y elusivo de su contenido, v. Antonio Gibelli: *La officina della guerra. La Grande Guerra e le trasformazioni del mondo mentale*, Turín: Bollati Boringhieri, 1991, pp. 57-60. Nótese lo que al respecto afirmó Adolfo Omodeo: «nada más insignificante que aquellas cartas: atestiguan sólo el más banal instinto de conservación y nada tienen que decir al historiador. Si poseyésemos todos los diarios de los emboscados, nada nos dirían porque carecen de todo valor histórico», A. Omodeo: *Momenti della vita di guerra. Dai diari e dalle lettere dei caduti, 1915-1918*, Turín: Einaudi, 1968, p. 7.

<sup>19</sup> Entre otros acercamientos a esta cuestión, Giorgio R. Cardona, «Culturas de la oralidad y culturas de la escritura» [1983], en *Los lenguajes del saber* [1990], Barcelona: Gedisa, 1994, pp. 217-307; Annamaria Rivera: «L'autobiografia di Amelia tra oralità e scrittura, tra cultura contadina e modernizzazione», en *Vita di Amelia. Un'autobiografia tra oralità e scrittura*, ed. Annamaria Rivera, con una nota lingüística de Giorgio R. Cardona, Manduria: Lacaita, 1984, pp. 7-41; Paolo D'Achille: «L'italiano dei semicolti», en *Storia della lingua italiana*, II. *Scritto e parlato*, ed. L. Serianni y P. Trifone, Turín: Einaudi, 1994, pp. 41-79; Quinto Antonelli: «La scrittura della voce. Canzonieri popolari fassani», *Mondo ladino*, XIX, 1995, pp. 335-403; Patrick Williams: «L'écriture entre l'oral et l'écrit. Six scènes de la vie tsigane en France», en *Par écrit*, o. cit., pp. 59-78; Andrea Bernardelli y Roberto Pellerrey: *Il parlato e lo scritto*, Milán: Bompiani, 1999; y Giovanni Rovere, «I linguisti e la scrittura popolare», en *Vite di carta*, o. cit., pp. 177-191.

<sup>20</sup> Para el epistolario de este soldado, Fabio Caffarena: *Le terre matte e il caro paese. Epistolario di guerra dell'alpino Emanuele Caloso (1915-1918)*, Finale Ligure: Comune di Finale Ligure, 2001.

<sup>21</sup> Rita Marquilha: *A Faculdade das Letras. Leitura e escrita em Portugal no século XVII*, Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2000, pp. 239-240. Sobre las escrituras inexpertas y las interacciones entre lo hablado y lo escrito, Claire Blanche-Benveniste: *Estudios lingüísticos sobre la relación entre oralidad y escritura*, Barcelona: Gedisa, 1998. En cuanto a la persistencia de ciertos rasgos gráficos, Attilio Bartoli Langeli: *La scrittura dell'italiano*, Bologna: Il Mulino, 2000.

lengua hablada; y léxico, en concreto las notables interferencias dialectales y coloquiales.<sup>22</sup>

Por otro lado, tampoco es de extrañar que en las escrituras de la gente común se dé una cierta conjunción entre los códigos escrito e icónico, siendo frecuente que se incluyan dibujos de la persona que escribe. Puede verse, por ejemplo, en las cartas del preso Marcelo, de 30 años, a sor Gervasia, monja del Centro di Programmazione Umana Carcere e Comunita, en el diario (1943-1945) del soldado fascista Remo Zanchetta, en el diario de la primera guerra mundial del soldado de infantería Otello Ferri (fig. 4) o en buen número de los cancioneros de soldados trentinos (fig. 5).<sup>23</sup> Un caso claro de memoria construida mediante imágenes son los dibujos con los que el agricultor Vincenzo Palumbo quiso «describir la vida como se vivía en los tiempos pasados, utilizando también los recuerdos que me contaban mis abuelos y mis padres». Trata de mostrar «cómo se vivía la miseria», el mundo del trabajo, las fiestas, las reuniones familiares; en fin, todo cuanto era el acontecer diario de una pequeña comunidad rural, Accadia, en el meridión de Italia. Y lo hace con dibujos, ingenuos e infantiles, de trazo sencillo, acotados con algunos textos escritos, casi siempre breves (fig. 6).<sup>24</sup>

A menudo, igualmente, se pone de relieve la percepción de la escritura popular como una experiencia inusual, por lo que no es extraño que los mismos sujetos que escriben la califiquen como algo impropio y limitativo, como si estuvieran invadiendo un campo no abonado para ellos. Entre otros, el campesino Luigi Gotero lo expresa así en alguna de las 111 cartas que, entre 1915 y 1916, escribió a su mujer desde el frente: «ti vorrei raccontare tante cose della mia vita stanca ma io non ti lo poso spiegar tutto quello che vorrei spiegarti ma se o fortuna di ri tor na re ti diro qualche cosa».<sup>25</sup>

<sup>22</sup> Sandro Bianconi: «Lettura e scrittura nelle classi popolari dell'arco alpino tra Cinquecento e Settecento», en *Lesen und Schreiben*, o. cit., pp. 197-198.

<sup>23</sup> Los testimonios de Marcelo, Remo Zanchetta y Otello Ferri se conservan en el ADN. Para los cancioneros trentinos, del ASP, véase Quinto Antonelli: *Storie da quattro soldi. Canzonieri popolari trentini*, Trento: Publiprint Editrice/Museo del Risorgimento e della Lotta per la Libertà, 1988. En cuanto a otros cancioneros populares, E. Lantelme: *I canti delle valli valdesi. Identità e memoria di un popolo alpino*, Turin: Claudiana, 1989.

<sup>24</sup> *Immagini di Accadia nei segni di Vincenzo Palumbo. Figure di vita identiche nei paesi «Dauni-Irpini» e simili nei siti della «Spina Dorsale dell'Appennino Italo»*, Nápoles: Generoso Procaccini, 2000. Las citas proceden del propio testimonio autógrafo de Vincenzo, reproducido parcialmente en la p. [II] y transcrito en el interior de la contra-cubierta. De este testimonio se ha ocupado Beatrice Barbalato: «Lettera per immagini ai posteri di un contadino dell'Irpinia», en *Libros y documentos en la Alta Edad Media. Los libros del Derecho. Los archivos familiares, Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita*, vol. 2, ed. Carlos Sáez, Madrid: Calambur, 2002.

<sup>25</sup> Antonio Gibelli: *L'officina della guerra*, o. cit., p. 53 [«me gustaría contarte tantas cosas de mi fatigosa vida pero no te puedo explicar todo lo que quisiera, aunque si tengo la fortuna de volver te diré algunas cosas»].

Puede verse, en fin, que en esta delimitación del campo de las escrituras populares (o de la gente común) he dejado expresamente fuera aquellas prácticas de cultura escrita orientadas a su consumo por las clases subalternas, pero que no entrañan un acto efectivo de toma de la escritura. Es el terreno, algo más estudiado, de las estrategias textuales vinculadas con la experiencia lectora de las clases populares, caso de los impresos de larga circulación: pliegos de cordel, *chap books* o los libros de la *bibliothèque bleu*. Todos ellos representan distintas materialidades de lo que Rosa M.<sup>a</sup> Blanco y Carmen Rubalcaba han llamado la «escritura recibida»,<sup>26</sup> es decir, los productos encaminados a una determinada apropiación entre las clases populares. No dudo que también deberían ser contemplados si se tratara de dilucidar las relaciones con el mundo de lo escrito; pero no cuando lo que se persigue es asentar la genealogía, evolución y formas que han regido la adquisición y uso de la escritura por dichas clases sociales; esto es, sus propias actividades escritas, preferentemente autógrafas, pero sin desmerecer otras situaciones de escritura vicaria o delegada.<sup>27</sup>

## 2. UNA MIRADA DIACRÓNICA

Obviamente, para que pueda darse esa toma popular de la escritura se requieren unas determinadas condiciones que la hagan factible. Significa esto que la histórica desigualdad respecto a la difusión social de la capacidad de escribir y de leer determina la posibilidad o no de esa apropiación efectiva. Sin entrar ahora en los pormenores concretos de la historia de la alfabetización,<sup>28</sup> es evidente que la mayor o menor amplitud y riqueza de las prácticas populares de la escritura está directamente relacionada con la extensión del alfabetismo en cada etapa y con la importancia asignada a la tecnología escrita en cada momento. Por todo ello, la conquista popular del alfabeto entraña un ejercicio de subversión, en la medida

<sup>26</sup> Rosa M.<sup>a</sup> Blanco Martínez y Carmen Rubalcaba Pérez: «“Sueño de una sombra”: Escritura y clases populares en Santander en el siglo XIX», en *Cultura escrita y clases subalternas: una mirada española*, ed. Antonio Castillo Gómez, Oartzun, Sendoa, 2001, pp. 128-131.

<sup>27</sup> Sin embargo, como puede verse más adelante, dicha óptica sí ha sido tenida en cuenta por algunos de los autores que colaboran en este volumen, en concreto Marina Roggero, «La escritura de los grupos populares en la Italia del Antiguo Régimen», y Francisco de Luis Martín, «Alfabetización y prácticas de la escritura en los obreros socialistas (1879-1936)».

<sup>28</sup> Harvey J. Graff: *The legacies of Literacy. Continuities and Contradictions in Western Culture and Society*, Bloomington/Indianápolis: Indiana University Press, 1987; y, del mismo, *The Labyrinths of Literacy. Reflections on Literacy. Past and Present*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1995<sup>2</sup>.

en que representa la ruptura del «pacto» social en sus efectos sobre la alfabetización y el uso de la competencia gráfica. Augusta Molinari ha insistido precisamente en el hecho de la transgresión al estudiar las *lettere ai potenti* de los trabajadores de la empresa genovesa Ansaldo. Las cartas de los obreros a los sucesivos patronos ponen al descubierto una alteración de las relaciones establecidas en el microcosmos industrial, al menos en dos puntos: 1) la apropiación obrera de un instrumento de comunicación por lo común ajeno a dicho ambiente social; y 2) el recurso a una práctica de escritura, la epistolar, que, de algún modo y contando con la distinción expresada por las fórmulas de tratamiento, coloca en un mismo plano al emisor y al destinatario.<sup>29</sup>

Si obviamos los *graffiti*, donde la huella escrita de las clases populares se puede rastrear incluso en determinados testimonios de la Antigüedad clásica, el comienzo de las escrituras personales de las clases subalternas está asociado a los cambios socioculturales que se fueron dando en Europa a partir del siglo XII, destacando, por su mayor proyección social, la consolidación escrita de las lenguas vernáculas y la consiguiente alfabetización en vulgar. Excepción hecha de ciertos ambientes sociales ligados a la tradición latina, caso, sobre todo, de los *litterati* (eclesiásticos, universitarios y humanistas), los principales destinatarios y usuarios de la escuelas urbanas de primeras letras fueron los comerciantes y artesanos, quienes, por otra parte, demandaron una alfabetización eminentemente práctica. De ahí que estos primeros momentos sean también los de una producción escrita cuya principal manifestación corresponde a los libros de cuentas, libros de razón, libros de memoria o *libri di famiglia*, es decir, cuadernos, en todos los casos, escritos en las distintas lenguas vernáculas, algunos por sus titulares y otros por diversas manos, cuyo fundamento es la memoria económica, completada, a ratos, con breves apuntes de índole más íntimo y familiar.<sup>30</sup>

En consecuencia, durante los últimos siglos de la Edad Media la escritura empezó a ocupar unos lugares y espacios que hasta entonces habían permane-

<sup>29</sup> Augusta Molinari: *Le lettere al padrone. Lavoro e culture operaie all'Ansaldo nel primo Novecento*, Milán: FrancoAngeli, 2000, y, más resumido, «Le lettere al "padrone". Pratica della scrittura e culture operaie a Genova nel primo Novecento», en *La corrispondencia en la historia. Modelos y prácticas de la escritura epistolar, Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita*, vol. 1, ed. Carlos Sáez y Antonio Castillo Gómez, Madrid: Calambur, 2002.

<sup>30</sup> Para una síntesis de estos puntos y la bibliografía que la desarrolla, me remito a mi trabajo «Entre la necesidad y el placer. La formación de una nueva sociedad del escrito (s. XII-XV)», en *Historia de la cultura escrita: Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, coord. Antonio Castillo Gómez, Gijón: Trea, 2002, pp. 179-270, especialmente pp. 198-203.

cido casi ajenos a su huella. Es cierto que aún eran muchas, como lo fueron en la Edad Moderna, las situaciones en las que no se requería otra intervención que la suscripción, autógrafa o delegada, al pie de un escrito, fuera este de tipo notarial o fruto de una razón administrativa cada vez más burocratizada; pero a la par se fue ampliando la base social usuaria de la comunicación escrita, y esta comenzó a ser empleada por un número creciente de personas de condición popular: artesanos, mercaderes, campesinos y, más adelante, desde el siglo XVIII, obreros.<sup>31</sup>

Contando con dichos antecedentes, la auténtica toma popular de la escritura es, sin duda, un signo específico de la Época Contemporánea y se relaciona, en particular, con el desarrollo de la escuela pública y la alfabetización de masas.<sup>32</sup> A esto se suman una serie de circunstancias de innegable repercusión en la «masificación» del escribir, a saber: 1) los avances en las comunicaciones y, en concreto, la creación de los respectivos sistemas nacionales de correos, sin los cuales no se podría explicar el vertiginoso incremento de la correspondencia escrita desde mediados del siglo XIX;<sup>33</sup> 2) determinadas novedades en los métodos de enseñanza que dieron mayor relevancia a la producción de textos como forma de aprendizaje, caso de la redacción de cartas en las últimas décadas de dicha centuria;<sup>34</sup> y 3) las necesidades de comunicación escrita suscitadas por los masivos movimientos de gentes que se dieron en los siglos XIX y XX, bien fuera por la emigra-

<sup>31</sup> Sobre los avatares de la escritura y el escritor popular entre el otoño del Medievo y los comienzos de la Época Contemporánea, véanse en esta obra las colaboraciones de M.<sup>a</sup> Luz Mandingorra Llavata, «La configuración de la identidad privada: diarios y libros de memorias en la Baja Edad Media»; James S. Amelang, «Clases populares y escritura en la Europa Moderna»; y Marina Roggero, «La escritura de los grupos populares en la Italia del Antiguo Régimen».

<sup>32</sup> David Vincent: *The Rise of Mass Literacy. Reading and Writing in Modern Europe*, Cambridge: Polity Press, 2000.

<sup>33</sup> Recuérdese, por ejemplo, que en 1847 los servicios postales franceses distribuyeron un total de 126 480 000 cartas y otros 40 000 000 de cartas y paquetes franqueados; en tanto que en 1868 el correo postal español llevó a sus destinatarios unas 70 861 705 cartas privadas. Véase respectivamente, Cécile Dauphin, Pierrette Lebrun-Pezzerat, Danièle Pouban y Michel Demonet: «L'enquête postal de 1847», en *La correspondance. Les usages de la lettre au XIX<sup>e</sup> siècle*, dir. Roger Chartier, París: Fayard, 1991, p. 35; y Ángel Bahamonde Magro: «El sistema postal en la España contemporánea, 1833-1936», en *Las comunicaciones en la construcción del estado contemporáneo en España. El correo, el telégrafo y el teléfono*, dir. Ángel Bahamonde Magro, Madrid: Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, 1993, p. 82. Con carácter general sobre la relación entre el avance de las comunicaciones y la cultura escrita, véase Antonio Viñao Frago: «Del periódico a Internet. Leer y escribir en los siglos XIX y XX», en *Historia de la cultura escrita: Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, coord. Antonio Castillo Gómez, Gijón, Trea, 2002, pp. 320-324.

<sup>34</sup> Jean Hébrard: «La lettre représentée. Les pratiques épistolaires populaires dans les récits de vie ouvriers et paysans», en *La correspondance*, o. cit., pp. 279-365; Cécile Dauphin: *Prête-moi ta plume... Les manuels épistolaires au XIX<sup>e</sup> siècle*, París: Éditions Kimé, 2000; y Luisa Tasca: «La corrispondenza "per tutti". I manuali epistolari italiani tra Otto e Novecento», *Passato e presente*, xx, 55, 2002, pp. 139-158.

ción, el exilio o la guerra.<sup>35</sup> En efecto, en circunstancias así era tal la sensación de soledad y desarraigo, tal la tristeza y la desesperación, que no pocas personas buscaron su consuelo en la escritura, supieran o no escribir:

Leggevo poco ma scrivevo tanto perchè ero in un reggimento che erano quasi tutti analfabeti... scrivevo in genere per quaranta persone perchè eravamo sesanta ma tutti analfabeti.<sup>36</sup>

Quien protagoniza este recuerdo, sacado de una entrevista oral, es Giovanni Pistone, un campesino de Roccaverano, al evocar su paso por el frente en la primera guerra mundial. Allí, según cuenta, ejerció de escribano para muchos de sus compañeros, que de ese modo pudieron mantener correspondencia con sus madres y novias; pero también enseñó el alfabeto a uno de ellos. Se trata, a la postre, de un caso que expresa en toda su esencia la extensa nómina de los epistolarios y memorias de los soldados que intervinieron en la Gran Guerra,<sup>37</sup> y no solo. No voy a detenerme ahora en el análisis pormenorizado de dichas prácticas de escritura, pues constituye el tema de las colaboraciones de Antonio Gibelli y Martyn Lyons; pero sí quiero apuntar, como demostración del valor reconocido a las cartas en el transcurso de las guerras (fig. 7) —«forjas de escritura», según las llamó Camillo Zadra, o «frente de palabras», al decir de Fabio Caffarena—,<sup>38</sup> la organización de servicios postales específicos, la publicación de manuales epistolares

<sup>35</sup> Véase, más adelante, Antonio Gibelli: «Emigrantes y soldados. La escritura como práctica de masas entre los siglos XIX y XX»; y, en concreto, para el caso de los emigrantes, Miguel Ángel Vargas: «Comunicación epistolar entre trabajadores migrantes y sus familias». Así mismo: Emilio Franzina: «Autobiografías y diarios de la emigración. Experiencia y memoria en los escritos autobiográficos de emigrantes e inmigrados en América entre los siglos XIX y XX», *Historia Social*, 14, 1992, pp. 121-142; Íd.: *Merica! Merica! Emigrazione e colonizzazione nelle lettere dei contadini veneti e friuliani in America Latina, 1876-1902*, Verona: Cierre Edizioni, 1994; Antonio Gibelli y Fabio Caffarena: «Le lettere degli emigranti», en *Storia dell'emigrazione italiana*, ed. Piero Bevilacqua, Andreina De Clementi y Emilio Franzina, Roma: Donzelli, 2001, pp. 563-574; y *De América para a casa: correspondencia familiar de emigrantes galegos no Brasil, Venezuela e Uruguai (1916-1969)*, ed. crítica e introducción de Raúl Soutelo Vázquez, Santiago de Compostela: Conselho da Cultura Galega, 2001.

<sup>36</sup> [«Leía poco pero escribía mucho porque estaba en un regimiento donde casi todos eran analfabetos... escribía, por término medio, para cuarenta personas porque estábamos sesenta pero todos analfabetos»], Gino Bogliolo: *Scrittura popolare della Grande Guerra: la memoria inedita di Giovanni Pistone*, tesina de licenciatura, Università degli Studi di Genova, año académico 1988-1989, p. 18.

<sup>37</sup> A las páginas que Martyn Lyons dedica en este volumen a los epistolarios de guerra franceses, podrían añadirse las obras, entre otras, que integran la colección *Le mémoire de 14-18 en Languedoc*, dirigida por Rémy Cazals, publicada por la Fédération Audoise des Oeuvres Laïques.

<sup>38</sup> Respectivamente, Camillo Zadra: «Quaderni di guerra. Diari e memorie autobiografiche di soldati trentini nella Grande Guerra», *Materiali di lavoro*, 1-2-3, 1985, p. 210; y Fabio Caffarena: «Il fronte delle parole. Scritture della Grande Guerra», en *Storie di gente comune*, o. cit., pp. 81-111.

centrados en las cartas a los soldados, o la figura de las «madrinas de guerra»—,<sup>39</sup> con el cometido, entre otros, de escribirles para insuflarles patriotismo y mantenerles la moral en alto. En particular, la segunda guerra mundial, por su carácter de guerra total, desencadenó una auténtica multiplicación de la correspondencia privada, a la que se incorporó la pequeña y media burguesía, las mujeres y los niños, mientras que en la primera fue más notable el papel de los campesinos.<sup>40</sup>

### 3. DE LA SUSCRIPCIÓN A LA ESCRITURA NECESARIA

El devenir de las prácticas populares de la escritura se acompasa al ritmo seguido por esta en cuanto instrumento de comunicación y al paso llevado por la conquista social de la alfabetización. Observamos así cómo la extensión, la frecuencia y la diversidad de sus usos está conectada a la función desempeñada por la escritura en cada sociedad y a la difusión conseguida. Es por eso que Armando Petrucci sintetizó dicho cuadro como la evolución desde el «pueblo que suscribe al pueblo que escribe»;<sup>41</sup> tratando así de «significar y representar de forma simbólica el paso, desde una alfabetización limitada y oligofuncional de los semialfabetizados del medievo, a aquella más compleja y significativa de los escribientes y lectores de masa, acaecido en Europa en el curso de la edad moderna».<sup>42</sup>

Los primeros frutos de esa apropiación limitada de la escritura parten de una requisitoria legal derivada de las transformaciones experimentadas por el estado, el mercado o la vida en sociedad, y la incidencia en ellas de la escritura. Sus manifestaciones pueden verse en una gama extensa de prácticas, aunque, con frecuencia, no son más que ejercicios puntuales donde tan solo cabe apreciar la distinta competencia gráfica de los individuos que las firman o redactan, caso de algunos textos que podemos calificar de *autógrafos menores*. Me refiero, entre otros, a los recibos emitidos para dejar constancia de cierta transacción laboral o económica; a las peticiones y memoriales presentados ante diversas instancias administrativas, judiciales o de cualquier otro signo; a los documentos validados por la intervención del no-

<sup>39</sup> Augusta Molinari: *La buona signora e i poveri soldati. Lettere a una madrina di guerra (1915-1918)*, Turín: Scriptorium, 1998.

<sup>40</sup> Antonio Gibelli: «Lettere dalla guerra», *Storia e memoria*, 2, 2, 1993, pp. 11-12.

<sup>41</sup> Armando Petrucci: «Para una historia cualitativa del alfabetismo» [1989], en su libro *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona: Gedisa, 1999, p. 46.

<sup>42</sup> Armando Petrucci: «Escrituras marginales y escribientes subalternos» [1998], *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 7, 2000, p. 74.

tario; y a los varios formularios generados por la implantación de la razón burocrática, en creciente ascenso desde los años finales de la Edad Media hasta nuestros días.<sup>43</sup> En todas esas situaciones de escritura, el individuo comparece, por él mismo o a través de un intermediario, para firmar, completar los espacios dejados en blanco o para redactar algunas líneas; pero las mismas, realmente, no comportan un ejercicio voluntario de la capacidad de escribir como tampoco una reivindicación auténtica de la palabra escrita. Se sitúan, más bien, en el ámbito de lo que Bartoli Langeli ha llamado el *escribir funcional*, que viene a ser la modalidad dominante dentro del alfabetismo pobre. Sostiene, sobre el particular, que los semicultos disponen de un limitado espacio de autonomía por cuanto aprenden lo que les enseña la escuela, leen lo que el mercado les pone a disposición y escriben lo mínimo indispensable.<sup>44</sup> Sirven, no obstante, para entender y valorar la dimensión sociológica de la mentalidad alfabética y la pluralidad de momentos regulados por la escritura; o para plantear algunas aproximaciones a los niveles de cultura gráfica.

Más allá de esas muestras de una apropiación restringida y episódica, la adquisición de una plena competencia escrita y el desarrollo de una efectiva necesidad de escribir entre las clases subalternas, cuyo rastro puede seguirse desde los siglos finales del Medievo hasta el tiempo presente, generó una serie de textos sensiblemente más ricos. Este es el terreno donde se desenvuelven las llamadas *escrituras populares*, y, en particular, las personales, es decir, aquellas que emanan del deseo de articular la memoria de uno mismo (o de la familia), de estrechar el vínculo con la comunidad de pertenencia o de ir configurando la propia identidad, cuyo mejor prototipo se halla en el diario íntimo.<sup>45</sup> En opinión de Bartoli Langeli, es justamente esta *scrittura libera*, ajena al carácter meramente instrumental, la que señala el advenimiento de la escritura popular, representado, en particular, por la producción autobiográfica, incluso más que la correspondencia, que, según él, conserva algo de funcional.<sup>46</sup> Dichos escritos responderían, entonces, a la voluntad úl-

<sup>43</sup> Véase al respecto, en este volumen, Rita Marquilhas: «¿Alfabetizados o funcionarios? Vestigios de la tradición burocrática en los actuales niveles de "literacia"».

<sup>44</sup> Attilio Bartoli Langeli: «Un esempio di "scrittura libera"», *Ventesimo secolo*, 1, 1991, p. 68.

<sup>45</sup> A propósito de estos puntos, véanse, entre otros: Augusta Molinari: «L'emigrazione ligure: fonti autobiografiche/memorie dell'identità», *Cahiers de la Méditerranée*, 58, 1999, pp. 7-17; Daniel Fabre: «Vivere, scrivere, archiviare», en *Vite di carta*, o. cit., pp. 261-284; y M.<sup>a</sup> Luz Mandingorra Llavata: *Conservar las escrituras privadas, configurar las identidades*, Valencia: Universitat de València, Seminari Internacional d'Estudis sobre la Cultura Escrita, 2000 (*Arché*, 7). En lo tocante al diario íntimo, Philippe Lejeune: «La pratique du journal personnel. Enquête», en *Cahiers de Sémitioque Textuelle*, Université Paris X-Nanterre, 17, 1990; Íd.: *Cher cahier... Temoignages sur le journal personnel*, París: Gallimard, 1989; Manuel Alberca: *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo*, Oartzun: Sendoa, 2000, y, del mismo, en este volumen: «Tres calas en los diarios de las adolescentes».

<sup>46</sup> Attilio Bartoli Langeli: «Un esempio di "scrittura libera"», art. cit., pp. 68-69.

tima de sellar el «pacto autobiográfico», del que habló Philippe Lejeune, y a una cierta necesidad de redimirse a través de la pluma y del papel.<sup>47</sup> Señalan un acto de escritura y la voluntad de inscribirlo en el registro social con el fin de combatir los silencios del olvido, según vemos expresado en el párrafo que sigue, tomado de las memorias del militante socialista Comunardo Tobia, presentadas a una convocatoria de memorialismo obrero organizada en 1983 por el diario italiano *L'unità*:

Molte sono le descrizioni dell'epoca da me lette in varie riviste e giornali, ma nessuna forse è stata scritta da coloro che materialmente vissero tali giorni e quindi nessuna capace di dare l'esatta spiegazione e il giusto sentimento al lettore. Non è questa una critica per i vari scrittori, ma soltanto per precisare che la penna non può scrivere con matematica esattezza ciò che non è stato vissuto dall'uomo medesimo.<sup>48</sup>

Nada mejor que escribir para suturar las heridas dejadas por momentos de sufrimiento tan intenso como pueden serlo una guerra, la distancia física o una experiencia carcelaria. Piénsese, por ejemplo, en lo que para el soldado Giuseppe Morettini supuso su marcha a Etiopía en 1936 y el consiguiente alejamiento de la familia, de la novia y de su entorno habitual:

La mia persona divenne tutta diversa. Cambiai di carattere. La mia mente impaziva, non vedevo più chi mi era davanti, perchè le lacrime mi scorrevano dagli occhi.

Non avevo ancora 24 anni. La mia gioventù si era trasformata in un dolore infinito.<sup>49</sup>

Arrancan, por lo tanto, de una necesidad más personal e íntima, y a menudo están ligadas a vivencias dolorosas y a las zozobras interiores de la persona, lo que no significa que dichas escrituras sirvan solo para superar las distancias y para dar señales de vida. Van mucho más allá y, de facto, como sucede con los epistolarios

<sup>47</sup> Respectivamente, Philippe Lejeune: *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid: Megazul-Endymion, 1994; y Quinto Antonelli: «Io ò comperato questo libro...». *Lingua e stile nei testi autobiografici popolari*, en *Pagine di scuola, di famiglia, di memorie. Per un'indagine sul multilinguismo nel Trentino austriaco*, Trento: Museo Storico in Trento, 1996, pp. 209-210.

<sup>48</sup> [«Muchas son las descripciones de la época que he leído en diferentes revistas y periódicos, pero seguramente ninguna ha sido escrita por quienes realmente vivieron esos días y, por lo tanto, ninguna es capaz de transmitir la exacta explicación y el justo sentimiento al lector. No se trata de una crítica a los distintos escritores, tan sólo de una precisión para decir que la pluma no puede escribir con matemática exactitud de cuanto no ha sido vivido por el hombre mismo»], Comunardo Tobia: «Arbusowka: la valle della morte», en T. Secci y C. Tobia: *Scritture di guerra e contro la guerra*, Foligno, Editoriale Umbra, Istituto per la Storia dell'Umbria Contemporanea, 1997.

<sup>49</sup> [«Me convertí en otra persona. Cambié de carácter. Mi mente eloquencia, no veía quién tenía delante, porque las lágrimas me caían de los ojos. Aún no tenía 24 años. Mi juventud se había transformado en algo infinitamente doloroso»], ADN/MP, Giuseppe Morettini: *Memorie di vita*, pp. 31-32.

de guerra, responden a motivaciones más hondas, que implican la defensa de la identidad, el refugio frente a un ambiente hostil o la búsqueda de una evasión.<sup>50</sup>

Los escritos de la gente común no deben considerarse como menudencias gráficas o simples reflejos de un alfabetismo más difuso, sino en cuanto auténticos productos de cultura escrita. Es cierto, según se ha dicho, que sus autores no son escritores ni escribientes de oficio, pero sus testimonios dan fe tanto de la práctica de una *escritura necesaria*, sobre todo en algunas circunstancias («Miei carissimi, non sarebbero questi i giorni adatti per dedicarsi alla scrittura, ma siccome non voglio farvi stare in cattivo pensiero, sacrificio l'unico momento di tempo che ho di libertà e rispondo immediatamente alla vostra sempre gradita e lunga lettera in data 13»);<sup>51</sup> como de una explícita voluntad de producir memoria. Lo vemos, a título de muestra, en el fragmento que sigue, extraído de la autobiografía del artesano Giovanni Cavallar, cuyo íncipit reza: «Proviamo a rimemorare» [Probamos a recordar]:

Benchè godo poca capacità di scrivere (perchè quando ero scolaro il maestro mi destinava sempre a oqupare il banco delli orecchiutti) pure vorrei provare a mettere assieme in qualche episodio stranno e antico che succederano nel mio paese; arrivati fino a noi per tradizione, ma che causa il modernismo rischiano di cadere nell'oblio come i peccati del Medioevo.<sup>52</sup>

Es obvio que los textos producidos por las clases subalternas no siempre representan una actividad tan meditada. A menudo, la razón de escribir se circunscribe al hecho de consignar ciertos apuntes para que no caigan en el olvido. Es el caso, por ejemplo, de los libros de familia, como el algo tardío del entallador Rinaldo Cosmi (1775-1836), cuyo contenido comprende una serie de registros y anotaciones, ordenadas alfabéticamente y datadas entre 1822 y 1844, que conciernen al trabajo, a la familia y a otros sucesos del lugar.<sup>53</sup> Según se ha señalado

<sup>50</sup> Antonio Gibelli: «Dal "grigio" al "rosso"? Appunti su corrispondenza privata e storia degli italiani in tempo di guerra», *Storia e memoria*, 6, 1, 1997, p. 201.

<sup>51</sup> [«Queridos míos, aunque estos días no son los más oportunos para escribir, como no quiero haceros pensar mal, sacrificio el único momento de tiempo libre que tengo y respondo inmediatamente a vuestra carta, siempre grata y extensa, del día 13»], Epistolario de Achille Salvatore Fontana, carta de 22 de octubre de 1918, ADN, E/99.

<sup>52</sup> [«A pesar de que tengo poca capacidad para escribir (porque cuando era escolar el maestro me mandaba siempre al banco de los burros), sin embargo quisiera reunir algunos episodios raros y antiguos ocurridos en mi pueblo; llegados hasta nosotros por tradición, pero que a causa de la modernidad corren el riesgo de caer en el olvido como los pecados del Medioevo»], ASP.

<sup>53</sup> Marilisa Cucculelli: *La memoria e l'alfabeto. Il «libro di ricordi» di Rinaldo Cosmi (Ascoli Piceno, 1822-1844)*, Turín: Scriptorium, 1996. De ciertos ejemplares españoles de libros de cuentas del siglo XIX en los que también comparecen algunas breves anotaciones de índole personal o familiar, me he ocupado en: «Tras la huella escrita de la gente común», en *Cultura escrita y clases subalternas: una mirada española*, ed. Antonio Castillo Gómez, Oíartzun, Sendoa, 2001, pp. 9-34.

en distintos estudios, la modalidad que representan estos textos, a menudo llamados también de *memorias* o de *recuerdos*, tiene su rasgo más sobresaliente en una textualidad híbrida, compuesta, en proporción distinta, por los registros de cuentas, los datos de la vida personal y familiar, y los apuntes alusivos a los acontecimientos conocidos o vividos, mayormente en los de la Edad Moderna.

Algo que destaca al analizarlos es la dificultad que conlleva vincularlos a una tipología cerrada, máxime cuando puede tratarse del único testimonio escrito de la persona, sobre todo en los siglos previos al XIX; pero esto no obsta para que se intente perfilar la distinción que puede haber entre unas y otras escrituras, y lo que al respecto aportan las denominaciones empleadas para referirse a ellas (agendas, diarios, libros de razón, cuadernos, etc.).<sup>54</sup> Ni que decir tiene que el nombre dado a cada práctica de escritura sugiere toda la pluralidad de comportamientos que las mismas documentan. En el campo de las ordinarias, las personales y autobiográficas representan verdaderos actos de memoria, desencadenados, en general, por la intensidad de las experiencias vividas y por la voluntad de no arrojarlas al silencio: es el caso de los epistolarios y diarios escritos desde y en el frente, en una cárcel, durante el exilio o desde la emigración.

Entonces, el hecho de escribir contiene mucho de conjura contra el olvido, así como una elevada dosis terapéutica: escribir, en fin, para no morir y para vivir.<sup>55</sup> De esta forma, cuando, en una carta de 1917, el soldado Achille Salvatore Fontana escribe a su padre y hermana, desde el frente, lo hace siendo consciente de la tragedia que está viviendo y de su participación en ella: «Mi metto a scrivervi, mentre di fronte a me si sta svolgendo il vero e commovente dramma del “Teatro della Guerra”». <sup>56</sup> Igualmente, la angustia provocada por la separación forzosa y la crueldad del conflicto fueron dos móviles fundamentales en muchas de las 198 cartas que el soldado bresciano Francesco Ferrari escribió a sus padres y familiares entre el 23 de mayo de 1915 y el 9 de agosto de 1916, al ritmo medio de una por día.<sup>57</sup> No menos intensa y continuada fue la práctica epistolar de otro solda-

<sup>54</sup> Sobre esto, Jean Hébrard: «Tenir un journal. L'écriture personnelle et ses supports», *Récits de vie et médias*, Nanterre: Université Paris X, 1999, pp. 9-50.

<sup>55</sup> Sobre la función terapéutica de las escrituras autobiográficas, véase Duccio Demetrio: *Escribirse: la autobiografía como curación de uno mismo* [1996], Barcelona: Paidós, 1999. Así mismo, otros estudios han puesto de relieve las posibles aplicaciones formativas de tales escritos, ya sea en el trabajo con drogadictos o con las personas mayores. Véase Rosanna Cima, Lorenzo Moreni y Maria Grazia Soldati: *Dentro le storie. Educazione e cura con le storie di vita*, Milán: FrancoAngeli, 2000.

<sup>56</sup> [«Me pongo a escribir mientras que ante mí se está desarrollando el verdadero y conmovedor drama del “Teatro de la Guerra”»], Epistolario de Achille Salvatore Fontana (1915-1919), ADN, E/99, carta del 21 de agosto de 1917.

<sup>57</sup> Federico Croci: *Scrivere per non morire. Lettere dalla Grande Guerra del soldato bresciano Francesco Ferrari*, Génova: Marietti, 1992.

do de la Gran Guerra, el trentino Guerrino Botteri, quien, amén de un diario, llegó a intercambiarse con su mujer la friolera de 1371 cartas entre 1914 y 1920.<sup>58</sup>

En la medida en que dichas escrituras están ligadas y desencadenadas por experiencias de fuerte impacto, es muy común que las mismas transiten entre el recuerdo y el olvido, la «verdad» oficial y la «verdad» personal. A título de muestra, en el cuaderno de guerra de Giuseppe Passerini, escrito entre 1915 y 1919 mientras estuvo prisionero en Rusia, apenas sí se entra en las páginas más turbias de la contienda, como si quisiera eludir el relato de las miserias y estragos que tiene ante sí.<sup>59</sup> Testimonia, a la postre, un comportamiento nada excepcional, más bien har-to habitual. Las escrituras de guerra, y dentro de ellas las cartas, explicitan una constante tensión entre la necesidad de contar y el deseo o no de remover.<sup>60</sup>

La escritura introduce, de hecho, una posibilidad de comunicación y de memoria fuera del grupo, fuera de la tradición y fuera del boca a boca de las sociedades de cultura esencialmente oral. Desde el momento mismo en que lo vivido se consolida en un determinado texto, es legítimo pensar que el individuo actúa llevado por una cierta intención de crear memoria, primero en el entorno familiar y luego en el ámbito más amplio de la comunidad de pertenencia. Cuando Giuseppe Morettini, de origen campesino, escribe su vida a los 77 años, firmada con su nombre y el de su mujer, lo hace pensando en sus nietos, a quienes se dirige con estas palabras: «Termino ne dire che rimanga a lungo nelle vostre memorie il nome dei vostri nonni di Morettini Giuseppe e Bellafante Annunziata».<sup>61</sup> Quinto Antonelli ha señalado el mismo propósito respecto a los cancioneros trentinos, y otro tanto puede apreciarse en las siguientes palabras del diario de guerra del peletero Renzo Re:

Prego in caso di morte o fallimento grave, di spedire il mio portafogli, carte o oggetti personali intimo al seguente indirizzo.<sup>62</sup>

Por otro lado, es innegable que buena parte de este ramillete de testimonios no se puede entender sin la presencia de un interlocutor, más o menos explícito, más

<sup>58</sup> Rosalba Dondeynaz: *Selma e Guerrino. Un epistolario amoroso (1914-1920)*, Génova: Marietti, 1992.

<sup>59</sup> Diego Leoni: «Il diario di Giuseppe Passerini (1915-1919)», *Materiali di lavoro*, 1-2, 1986, pp. 135-173.

<sup>60</sup> Antonio Gibelli: *L'officina della guerra*, o. cit., p. 51.

<sup>61</sup> [«Termino por decir que los nombres de Giuseppe Morettini y Annunziata Bellafante permanezcan en vuestras memorias durante mucho tiempo»], ADN/MP, Giuseppe Morettini: *Memorie di vita*, p. 81.

<sup>62</sup> [«Ruego en caso de muerte o de accidente grave de expedir mi cartera, cartas u objetos personales íntimos a la siguiente dirección»], ADN, DG/96. Igualmente Antonio Mele y su mujer escriben, según refieren varias veces, para que el hijo tenga recuerdo de ellos y de sus vivencias. Véase *Ci trovammo bene nel futuro. Storia di una vita di un contadino*: Antonio Mele, ed. Maria Miniacci, Lecce: Argo, 1997.

o menos buscado. Puede, en efecto, que dicha búsqueda sea menor en el caso del diario, en tanto que parece más evidente en la correspondencia y en las memorias. A este propósito resultan meridianamente claras las apelaciones al lector contenidas en las memorias de Comunardo Tobia: «La cronaca renda nell'animo del lettore odio più profondo verso la guerra e verso coloro che l'hanno scatenata, questo per lo meno è intento di chi scrive»;<sup>63</sup> o en las de Giuseppe Morettini: «A voi che leggerete queste parole no vi spiego in che condizione mi venni a trovare»;<sup>64</sup> por no mencionar las que se vierten en la correspondencia dirigida a los responsables del Archivio Diaristico Nazionale.<sup>65</sup>

De todos modos, aunque una historia que rastree los usos populares de la escritura ha de sacar a flote los testimonios que documentan la producción autógrafa de los escribientes inexpertos, no es menos cierto que también puede contemplar aquellas otras situaciones en las que los miembros de las clases subalternas se han visto atrapados en la telaraña de la escritura, la conocieran o no. Mirando hacia atrás, procede recordar que sin el concurso de los variopintos escribientes que suscribieron sus débitos y cobros no hubieran sido posibles ni el libro de cuentas de los campesinos Meo de Massarizia y su hijo Benedetto<sup>66</sup> ni los versos callejeros de un sastre toledano del siglo XVII, que, «sin saber leer ni escribir, iba haciendo coplas hasta por la calle, pidiendo a boticarios, y a otros donde había tintero y pluma, se las notasen en papelitos». <sup>67</sup> Obviando la referencia concreta, ambos ejemplos indican la persistencia de un fenómeno, la delegación de escritura, del que, en tiempos más cercanos, tenemos muestra en una carta de Giuseppe Jeantet a su padre, escrita en francés el 26 de julio de 1896, estando prisionero del emperador Menelik II: «je vous ait écrit cette lettre par le moiien de le père capussien»;<sup>68</sup>

<sup>63</sup> [«La crónica produzca en el ánimo del lector el odio más profundo hacia la guerra y hacia quienes la han desencadenado, este por lo menos es el deseo de quien escribe»], Comunardo Tobia: «Arbusowka: la valle della morte», o. cit., p. 17.

<sup>64</sup> [«A vosotros que leeréis estas palabras no os explico en que condiciones me encontré»], ADN/MP, Giuseppe Morettini: *Memorie di vita*.

<sup>65</sup> Saverio Tutino y Maria Pia Valoti: «Lettere all'Archivio di Pieve Santo Stefano», en *Deferenza, rivendicazione, supplic*, o. cit., pp. 267-279.

<sup>66</sup> Duccio Balestracci: *La zappa e la retorica. Memorie familiari di un contadino toscano del Quattrocento*, Florencia: Salimbeni, 1984.

<sup>67</sup> Cristóbal Suárez de Figueroa: *El pasajero* (1617), ed. M.ª Isabel López Bascuñana, Barcelona: PPU, 1988, I, p. 219.

<sup>68</sup> [«os he escrito esta carta por medio del padre capuchino»], ADN, E/85, p. 10. Otras muestras de la escritura vinculada a la emigración colonial italiana en África las podemos ver en las obras de Sergio Luzzatto: *La strada per Addis Abeba. Lettere di un camionista dall'Impero (1935-1941)*, Turín: Paravia/Scriptorium, 2000; y Nicola Labanca: *Posti al sole. Diari e memorie di vita e di lavoro dalle colonie d'Africa*, Rovereto: Museo Storico Italiano della Guerra, 2001.

o en los *Recuerdos de un galerino* (1999), de Bonifacio Sola García, en concreto cuando el autor evoca sus años de la escuela y el uso dado a lo aprendido en ella:

CUANDO YA ME DESENVOLVIA BIEN, ESCRIBIA TODAS LAS CARTAS EN MI CASA. A NINGUNO DE MIS HERMANOS LES GUSTABA.

MI VECINA, LA BELMIRA, QUE NO SABIA ESCRIBIR, YO LE ESCRIBIA LAS CARTAS DEL NOVIO, QUE ESTABA HACIENDO LA MILI EN CEUTA, Y CUANDO LE LEIA LAS DEL NOVIO, ME HACIA QUE SE LES REPITIERA DOS O TRES VECES.<sup>69</sup>

Así mismo, la continuidad histórica de la delegación en muchas prácticas cotidianas demuestra la fragilidad de las fronteras entre las apropiaciones ordinarias y populares. Como ha destacado Daniel Fabre, aunque la escritura ordinaria excluye por definición al mundo de los letrados y profesionales del escribir, no por ello debe pensarse en una división uniforme y unánime entre estos y los analfabetos o semicultos. Al contrario, cada situación de escritura reinventa y reafirma las diferencias, suscitando, contemporáneamente, la presencia de los mediadores gráficos, que, aparte, resultan especialmente válidos cuando se impone la razón burocrática. Tanto que la misma persona que, en un momento dado, produce una carta de acuerdo a los criterios instalados en la epistolografía popular, cuando debe afrontar una «imposición» administrativa lo hace ajustándose a los protocolos gráficos y textuales establecidos para la misma. Puede que hasta se sienta paralizado por esa constricción y que acuda para solventarla a la competencia de una persona más alfabetizada, incluso aunque sepa escribir.<sup>70</sup> La escritura delegada establece un pacto o negociación entre el cliente popular y el escribano que produce el texto, quien, como se puede ver por los estudios de Judy Kalman, interpreta los propósitos de aquel y los convierte en una determinada práctica escrita.<sup>71</sup>

Hasta aquí se ha aludido a los escritos personales y cotidianos realizados, normalmente, sobre soportes blandos, por lo común papel; pero la huella escrita de las clases populares también ha tenido y tiene otro de sus lugares en los muros. Los *graffiti* y otras escrituras realizadas sobre o difundidas desde las paredes, caso de los libelos o carteles infamantes, constituyen otras tantas de las posibilida-

<sup>69</sup> Bonifacio Sola García: *Recuerdos de un galerino*, p. 3. Reproduzco el texto según el ejemplar mecanografiado que se conserva en el Arxiu de la Memòria Popular de La Roca del Vallès (Barcelona).

<sup>70</sup> Daniel Fabre: «Introduction. Seize terrains d'écriture», art. cit., pp. 7-11; *Illetrismes*, ed. Beatrice Fraenkel, París: Centre Georges Pompidou, Bibliothèque publique d'information, 1993; e Yvonne Johannot: *Illetrisme et rapport à l'écrit*, Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble, 1994.

<sup>71</sup> Judy Kalman: *Writing on the Plaza. Mediated Literacy Practices Among Scribes and Clients in Mexico City*, Creskill, NJ: Hampton Press, 1998 [*Escribir en la plaza*, México: Fondo de Cultura Económica, en prensa]; y, más adelante, «El escribano público: mediador de la cultura escrita para la clase popular».

des de un escribir desde abajo ejercido a lo largo de la historia, según acredita la condición subalterna, social y gráfica, de algunas de las manos que dejaron su impronta en los muros de la Roma antigua, sobre todo en la ciudad de Pompeya.<sup>72</sup> En cualquiera de las épocas, las escrituras murales han estado motivadas por las razones más diversas: unas, de contenido crítico y contestario; otras, más ligadas a la manifestación de un sentimiento personal; algunas, para insultar o difamar; otras, en fin, seguramente sin más trascendencia que la de pasar un rato. Pero cualquiera que sea el motivo, lo destacable es que asumamos la necesidad de mirar las paredes y dar cuenta de lo que en ellas se ha escrito, máxime cuando se trata de sacar a la superficie las maneras, los gestos y los espacios donde se ha manifestado la palabra escrita de las clases subalternas.<sup>73</sup>

#### 4. EL OLVIDO Y SU CONJURA

Perdidas en el laberinto de los archivos y de las bibliotecas o apartadas en los desvanes y arcones particulares, las *escrituras populares* han sido castigadas, a menudo, con el abandono y la postergación, cuando no directamente con el rechazo. Algo que cabe vincular, siguiendo a Michel Certeau, con el «establecimiento de aparatos escriturarios de la “disciplina» moderna”, secundado por el «doble aislamiento del “Pueblo” (con relación a la “burguesía”) y de la “voz” (con relación a lo escrito)».<sup>74</sup> Por ello, si algo define, en términos generales, a este conjunto de prácticas de escritura es, sin duda, su condición de exiliadas, víctimas de una doble incomprensión: por un lado, la de sus autores y tenedores, que no siempre han sabido comprender su valor como testimonios del avatar escrito e histórico; y por otro, la de los historiadores, lingüistas, paleógrafos, antropólogos y demás estudiosos de la escritura, que solo muy recientemente han comenzado a rastrear sus pistas y a escuchar sus voces.

Vistas en la larga duración, un aspecto no menor que también ha repercutido en la desvalorización, desconocimiento y olvido científico de dichos escritos concierne a las distintas políticas de la memoria y, en particular, a los criterios que se

<sup>72</sup> Pedro Paulo A. Funari: *La cultura popular en la Antigüedad clásica*, Sevilla: Editorial Gráficas Sol, 1991.

<sup>73</sup> Sirve de aproximación al tema en su perspectiva histórica la obra «*Los muros tienen la palabra*». *Materiales para una historia de los graffiti*, ed. Francisco M. Gimeno Blay y M.ª Luz Mandingorra Llavata, Valencia: Universitat de València, Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita, 1997.

<sup>74</sup> Michel de Certeau: *La invención de lo cotidiano*, 1. *Artes de hacer* [1990]. Nueva edición, establecida y presentada por Luce Giard, México: Universidad Iberoamericana, 1996, p. 146.

han desplegado para justificar la conservación de unos documentos y el abandono de otros. Es obvio apuntar que los testimonios que han sobrevivido «no son, como algunos creen, una muestra accidental de lo que originalmente existía», sino que «han sido escogidos para que prevalecieran normalmente por miembros de los grupos sociales políticos o instruidos, al suponérseles significativos»; de tal suerte que la memoria escrita preservada es, sin duda, el mejor espejo de la estructura del poder y de los prejuicios establecidos en cada época.<sup>75</sup> Paul Thompson llega a estas aseveraciones tras reflexionar sobre las presencias y ausencias detectadas en la correspondencia privada conservada en los archivos provinciales ingleses: significativa en cuanto a las cartas cruzadas entre los terratenientes y casi inexistente respecto a los intercambios epistolares del pueblo común. Pero sus conclusiones son igualmente válidas para otros lugares donde el proceso de selección se ha visto lastrado por argumentaciones que siempre han privilegiado la memoria institucional, del poder y de las clases dirigentes.

Tras constatar dicho memoricidio, con permiso de Goytisolo,<sup>76</sup> entiendo que las sociedades democráticas deberían poner todo su empeño en salvar los restos del naufragio y en restañar las heridas perpetradas por tales actuaciones en la memoria social. Las vías para hacerlo deben abarcar desde la creación y sostenimiento de centros encaminados a la conservación y estudio de los escritos de la gente común hasta el respaldo de las iniciativas encaminadas a propiciar la reconstrucción de la memoria popular. Nótese, según ha escrito Nuto Revelli, que, aunque «el campesino nunca ha profesado el culto de los papeles», sin embargo «ha salvado y salva de la dispersión algunos documentos», de tal modo que, «en los pequeños “archivos familiares”, en las cajas de lata o de cartón, se conservan los documentos en “papeles timbrados”, los documentos que hablan de pertenencias, de dinero [...]».<sup>77</sup> No solo cabe recuperar las escrituras de otrora, sino que también debe

<sup>75</sup> Paul Thompson: «La historia oral y el historiador», *Debats*, 10, diciembre 1984, p. 54.

<sup>76</sup> Juan Goytisolo: «Memoria, olvido, amnesia, recuerdo y memoricidio», en su libro *Cogitus interruptus*, Barcelona: Seix Barral, 1999, pp. 41-57.

<sup>77</sup> Nuto Revelli: *Il mondo dei vinti. Testimonianze di vita contadina*, Turín: Einaudi, 1977. Ejemplo elocuente de esto y de los sistemas de conservación privados nos lo dan las 150 cartas de la familia Fait de Saltaria, de campesinos y albañiles, conservadas en un baúl de madera. Véase Quinto Antonelli, Diego Leoni y Fabrizio Rasera: *La città mondo. Rovereto, 1914-1918*, Rovereto: Museo Storico Italiano della Guerra/Edizioni Osiride, 1998, especialmente «Del baule di Saltaria», pp. 342-347. Respecto al habitual abandono de estos escritos, lo ilustra sobremanera un ramillete de cartas de Ramón Arteaga Calonge, escritas entre 1956 y 1957 mientras estudiaba para piloto de aviación en la Academia Militar del Aire de San Javier (Murcia). Olvidadas como estaban en su casa de Campo de Criptana, lugar de nacimiento, fueron recuperadas por un vecino antes de que se demoliera la vivienda. Véase Laura Fortea Manzanares y Verónica Sierra Blas: «La memoria de lo cotidiano. Correspondencia de un estudiante (1956-1957)», en *La correspondencia en la historia*, o. cit.

combatirse la eventualidad de nuevos silencios por medio de actividades que, como los talleres de escritura o los talleres de historia popular, conciencien del valor que atesoran los papeles de la gente corriente.

Una vez conservadas, podrá comprobarse la variedad de sus aprovechamientos. En un plano más sesudo y académico, es impagable el juego que pueden dar en el ámbito de la historia de los usos sociales de la comunicación escrita. Por su cuenta, las investigaciones lingüísticas se enriquecen con otras voces y con otros registros que no siempre se han tenido en cuenta, integrándose así en el razonable combate contra la muerte de las lenguas, habladas y escritas.<sup>78</sup> La antropología, a su vez, tiene en dichos escritos la ventana desde la que asomarse a su acontecer diario, a sus costumbres, sus ritos, sus sentimientos.<sup>79</sup> La historia, en fin, dispone de otras azoteas desde las que otear la aventura humana, ya sea con vistas a la reconstrucción de momentos singulares, ya sea para husmear en los entresijos de la vida cotidiana. Haciendo extensivo lo que Guilhem Delon ha dicho respecto de los cuadernos de guerra, las escrituras de la gente común nos aproximan a ciertos secretos que se le pueden escapar al historiador, como el énfasis, las exageraciones, la deformación, lo no-dicho, la reconstrucción, la instrumentación. De manera que «ninguna memoria puede pretender alcanzar la verdad si no se beneficia de un soporte tan sólido y legítimo como los cuadernos de notas cotidianas».<sup>80</sup>

En suma, dichos testimonios sacan a la luz otras experiencias, otras visiones, otras maneras de entender la realidad; otras vidas, que, conformes o no con los usos oficiales, ayudan a democratizar la historia. Con ellos se hace historia y se hace vida, pues, como sostuvo Teixeira de Carvalho, al socaire de las *Notas de um escrivão do povo*, escritas en el siglo XVII por Bartolomeu Pereira, cerero de oficio, tesorero de la cofradía de la Misericordia y nombrado *escribano del pueblo* en 1636:

Las memorias de la gente sencilla, sin otras preocupaciones que las de anotar los hechos históricos en los que colaboraron, con patriotismo y con sinceridad, muchas veces son más interesantes que las de los individuos de cultura más alta, a quienes mu-

<sup>78</sup> Argumentos que desbroza con singular maestría y responsabilidad Claude Hagège: *No a la muerte de las lenguas* [2000], Barcelona: Paidós, 2002.

<sup>79</sup> Léase al respecto Fabrizio Mangiameli: «La coscienza degli ultimi: antropologia e racconto di sé», en *Vite di carta*, o. cit., pp. 249-259; y José Ignacio Monteaguo Robledo: «Escritura popular y etnografía», en *Cultura escrita y clases subalternas*, o. cit., pp. 207-236.

<sup>80</sup> Guilhem Delon: «Écrire et raconter la Grande Guerre. Témoignage, culture et représentations populaires à travers les carnets de route des combattants, 1914-1919», en *Mémoires Identités Représentations Histoire Comparative de l'Europe* (MIRHCE), 2, 1998, p. 118. Véase, además, Antonio Gibelli: «C'era una volta la storia dal basso», en *Vite di carta*, o. cit., pp. 159-175.

chas veces preocupa el cuidado de colocarse ellos o las personas a las que sirven, en la mejor luz, en la actitud más ventajosa.<sup>81</sup>

Que no se trata de textos sin importancia, sino de auténticos objetos-memoria es algo que podemos confirmar a raíz, por ejemplo, de las reacciones que despertó la publicación de los cuadernos de guerra del tonelero Louis Barthas, ya fuera por las cartas enviadas a la editorial por otros protagonistas de la primera guerra mundial, el juicio formulado por los historiadores que escucharon dicho testimonio o el dato de su inclusión como tal en numerosos manuales de la escuela secundaria, al mismo nivel que los documentos oficiales.<sup>82</sup>

Por todo ello, este texto quiere ser también una intervención decidida contra ese cúmulo de olvidos, reclamando, desde aquí, la necesidad de retornar a los archivos para buscar los fragmentos de esa memoria escrita, y, por lo que atañe al presente y al futuro, la creación de centros y acervos que se afanen en estos menesteres de la salvaguarda, conservación y estudio del legado escrito de las clases subalternas. Si, como sostuvo Raphael Samuel, «la historia popular representa siempre un intento de ensanchar la base de la historia, de acrecentar su materia de estudio, de utilizar nuevas materias primas y ofrecer nuevos mapas de conocimiento»,<sup>83</sup> ese intento requiere inexcusablemente del rastro escrito de las clases populares o subalternas, del suyo propio. Y en última instancia no se olvide que, «cuando se leen estos documentos, escritos con tanta elocuencia, en un lenguaje tan simple, se siente la nostalgia de que el pueblo haya escrito tan poco y haya dejado la historia de su actividad a los cronistas reales que bien poco la comprendieron y, por oficio, en poco la podrían alabar».<sup>84</sup>

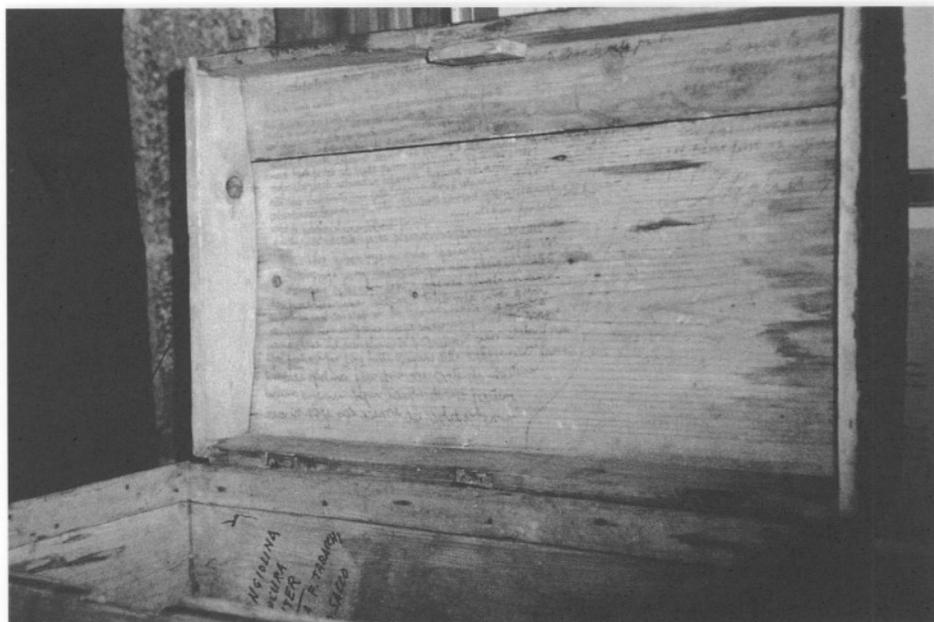
Asentado esto, llega la hora de terminar y lo haré reivindicando la importancia del ancho campo de las escrituras populares y, en consecuencia, su asunción plena como fuentes para cuantas exploraciones quieran serlo de los sujetos humanos, de sus avatares, de su cultura, de sus pensamientos, de sus sufrimientos, de sus deseos, de sus costumbres o de su lengua. La historia, la antropología, la paleografía, la lingüística, la sociología, la psicología o las ciencias de la educación tienen razones sobradas para incorporarlas a su equipaje.

<sup>81</sup> J. M. Teixeira de Carvalho: *Notas de um escrivão do povo*, Coimbra: Imprensa da Universidade, 1922, p. 2. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Coímbra.

<sup>82</sup> Remy Cazals: «Postface», o. cit., pp. 555-564.

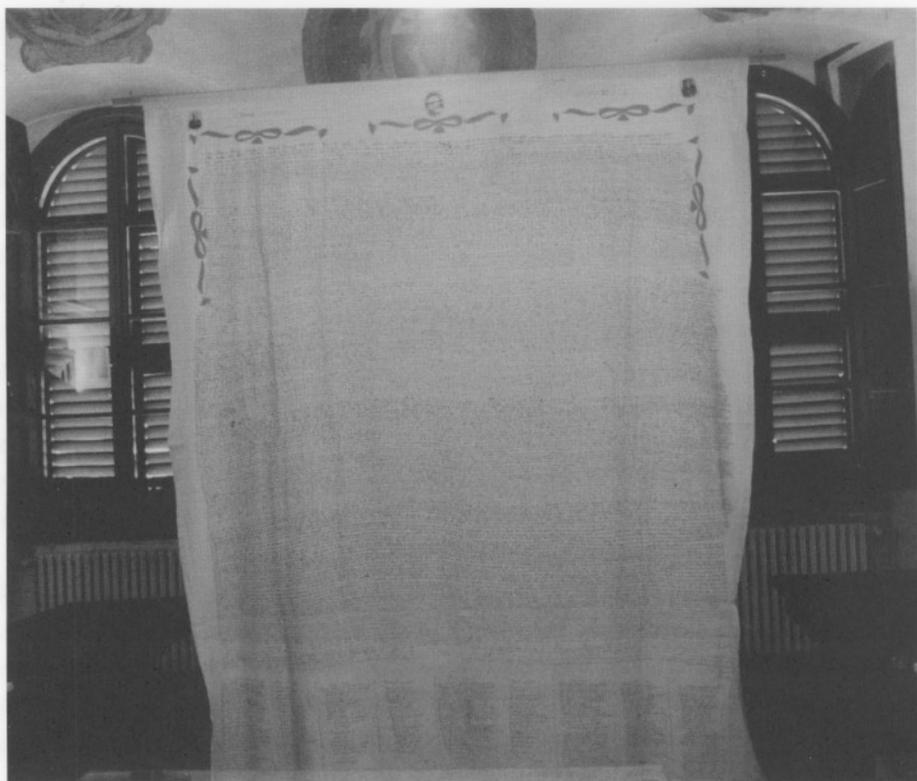
<sup>83</sup> Raphael Samuel: «Historia popular, historia del pueblo», en *Historia popular y teoría socialista* [1981], ed. Raphael Samuel, Barcelona: Crítica, 1984, p. 17.

<sup>84</sup> J. M. Teixeira de Carvalho: *Notas de um escrivão do povo*, o. cit., p. 55.



1. *El baúl de la memoria* (1915). Una página de la vida de Antonietta Angela Bonatti Procura. Museo Storico Italiano della Guerra, Rovereto (Italia)

3. *La escritura babbleada. Índice de calidad en una carta del soldado Emanuele Caluso* (1918). Archivio Ligure della Scrittura Popolare (1919). Universidad de Génova (Italia)



2. *La vida en una sábana*. Autobiografía de Clelia Marchi, escrita en 1972.

ADN, Pieve Santo Stefano (Italia)

tan simple. 2. *La vida en una sábana*. Autobiografía de Clelia Marchi, escrita en 1972. haya dejado la historia de su actividad a los cronistas locales que bien poco la comprendieron y, por oficio, en poco la podrían alabar.<sup>85</sup>

Asentado esto, llega la hora de terminar y lo haré reivindicando la importancia del ancho campo de las escrituras populares y, en consecuencia, su asunción plena como fuentes para cuantas exploraciones quieran serlo de los sujetos humanos, de sus avatares, de su cultura, de sus pensamientos, de sus sufrimientos, de sus deseos, de sus costumbres o de su lengua. La historia, la antropología, la paleografía, la lingüística, la sociología, la psicología o las ciencias de la educación tienen razones sobradas para incorporarlas a su equipaje.

<sup>85</sup> J. M. Teixeira de Carvalho: *Notas de um escravidão do povo*, Coimbra: Imprensa da Universidade, 1912, p. 2. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Coimbra.

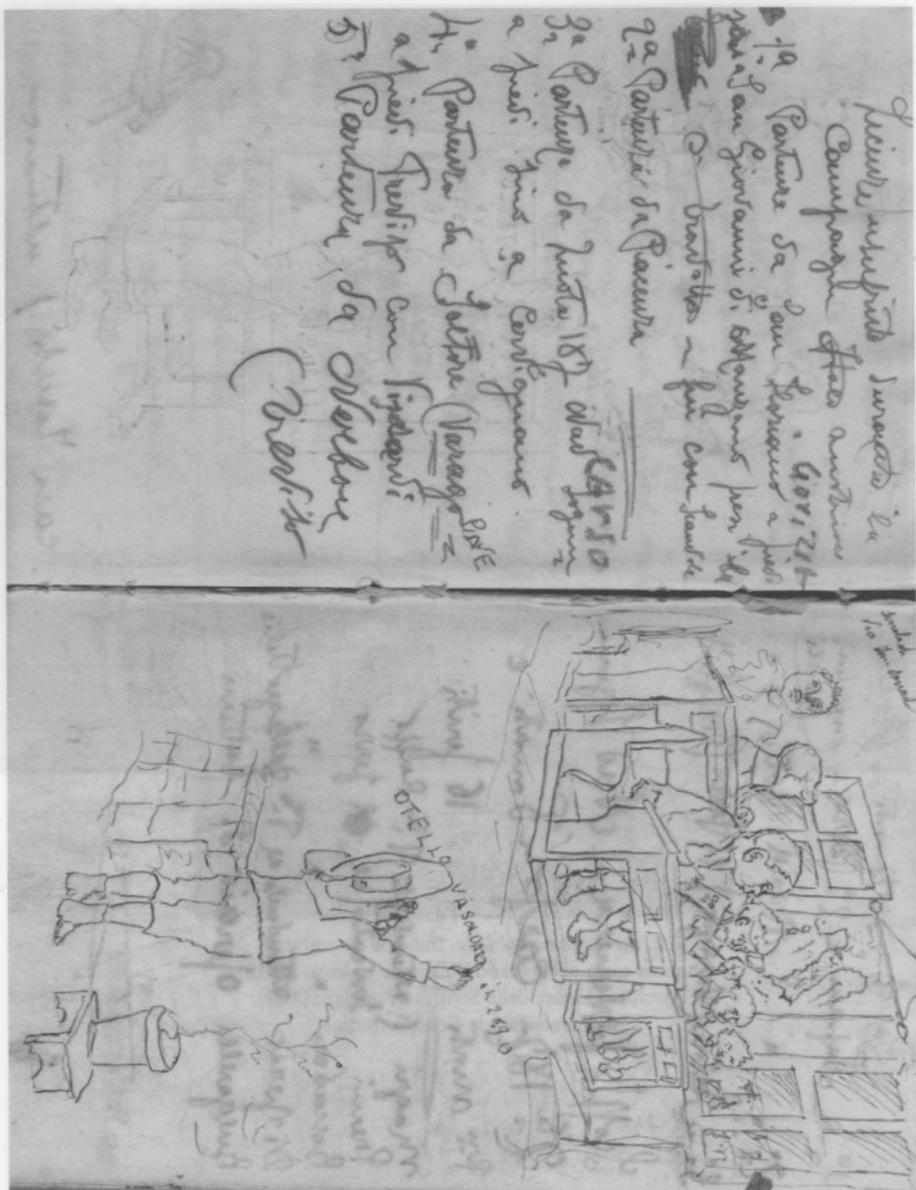
<sup>86</sup> Rony Carolo: «Fonética», o. cit., pp. 333-364.

<sup>87</sup> Raphael Samuel: «Historia popular, historia del pueblo», en *Historia popular y teoría sociológica* (1982), ed. Raphael Samuel, Barcelona: Crítica, 1984, p. 17.

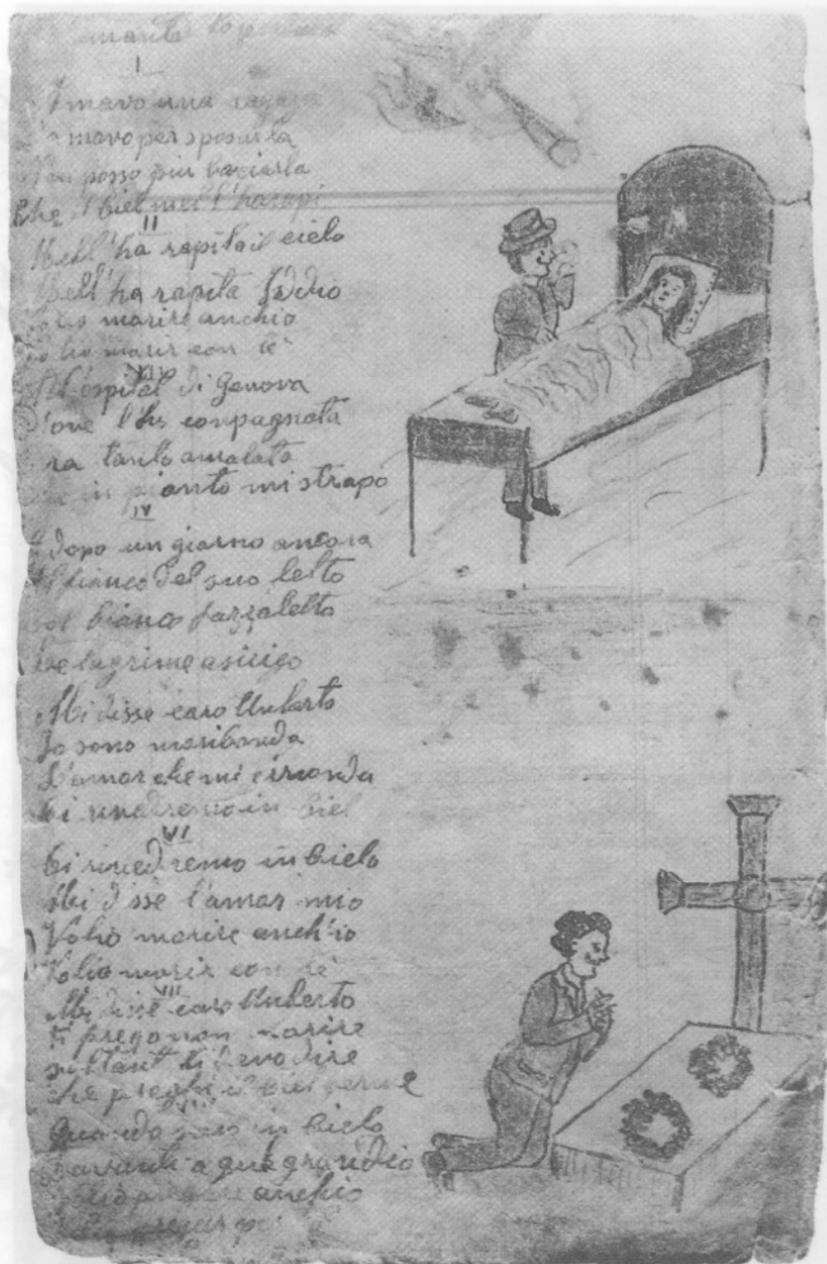
<sup>88</sup> J. M. Teixeira de Carvalho: *Notas de um escravidão do povo*, o. cit., p. 35.

Mandami a Sire come  
sta Angialitto e salutemelo  
tanto Saluta Lilomera  
ed il zio Luigi e mi faccio  
M. Calosso

3. *La escritura hablada*. Indicios de oralidad  
en una carta del soldado Emanuele Calosso (1918).  
Archivio Ligure della Scrittura Popolare (ALSP),  
Universidad de Génova (Italia)



4. La memoria illustrata. Pagina del cuaderno del soldado de infantaría Orello Ferri. ADN, Pieve Santo Stefano (Italia)



5. Escribir y dibujar. Una página del cancionero militar de Isidoro Simonetti (1914-1915). ASP, Trento (Italia). Reproducido de Quinto Antonelli: *Storie da quattro soldi. Canzonieri popolari trentini*, Trento: Publiprint Editore/Museo del Risorgimento e della Lotta per la Libertà, 1988



6. Un pueblo en imágenes. De los dibujos del agricultor Vincenzo Palumbo. Reproducido de: *Immagini di Accadia nei segni di Vincenzo Palumbo. Figure di vita identiche nei paesi «Dauni-Irpinini» e simili nei siti della «Spina Dorsale dell'Appennino Italo», Nápoles: Generoso Procaccini, 2000, p. 27*



7. *La hora del correo*. Postal de la serie de R. Salvadori: *La guerra nostra (Visioni e episodi)*, incluida entre los escritos del soldado Renzo Re. ADN, Pieve Santo Stefano (Italia), DG/96